

Alfonso Vallejo

Monólogo para seis voces sin sonido

Infratonos

A tumba abierta

(Premio Tirso de Molina 1978)



espiral / teatro

A Tumba Abierta

Alfonso Vallejo

Premio Internacional Tirso de Molina (1978)

Año de escritura: 1976

PERSONAJES

DOCTOR DUFF

MAUREEN MUKAKI

BAUER

LÁZARO GOLDSTEIN

MADO

HEINZ

PRESIDENTE

I

Parte I

Escena I

En la parte delantera de la escena, una mesa, con un cadáver encima, tapado con una sábana. Al lado, sobre una bandeja, diferentes instrumentos de disección: una sierra eléctrica, un cazo, una esponja, tijeras. Un enorme cubo de plástico para guardar restos humanos. Ráfagas de ametralladora y fuego de artillería a lo lejos. Llega el Doctor Duff, con aire extenuado, con un largo mandil hasta los pies, sucio, cubierto de manchas de sangre y grasa. Mordisquea un puro. Se acerca a la mesa, se apoya, respira hondo, aparta los pies del cadáver, se sienta en la mesa, con los ojos cerrados.

Por un lateral aparece la sargento Maureen Mukaki, perfectamente uniformada. Gran taconazo marcial y enérgico saludo.

MAUREEN.- ¡Se presenta el sargento Mukaki !

(Sobresalto de Duff que casi pierde el puro. Abre los ojos como si viera una visión.)

DUFF.- ¿Cómo dice?

MAUREEN.- (Repite el taconazo.) ¡Se presenta el sargento Mukaki, del quinto Regimiento ! Usted debe ser el capitán médico doctor Duff. He sido destinada a su servicio por la superioridad.

(Duff se restriega los ojos, la observa detenidamente. El sargento Mukaki tiene unos bellos ojos verdes, una piel bronceada y suculenta anatomía. Dieciocho años, impecablemente vestida, con un cierto aire oriental.)

¿Me ha oído, capitán?

DUFF.- ¡Sí ! ¡Hola, sargento ! Encantado... No sabía nada de esto. Bienvenida.

MAUREEN.- (Con idéntica seguridad.) Según parece la situación es grave. Informes confidenciales hablan de una gravísima epidemia entre las tropas, de extraños fenómenos en el firmamento que nadie sabe explicar, sorprendentes quebrantamientos estelares, profundas psicopatías entre la tropa... Estoy aquí para ayudarle.

DUFF.- Gracias.

MAUREEN.- De nada.

DUFF.- ¿Cómo ha dicho que se llama?

MAUREEN.- Sargento Mukaki. Maureen Mukaki. A la orden, señor. **(Nuevo saludo preciso.)**

DUFF.- Efectivamente. Esos informes son ciertos. La situación es grave. Muy grave. Han aparecido varios casos de una enfermedad que no sabemos tipificar. Se caracteriza por la aparición de unas manchas verdes... azules, violáceas y hasta rojo bermellón en la piel de los enfermos. Mueren en horas. Deliran.

Hablan de las estrellas... Dicen que la cabeza se les ha llenado de estrellas... Caen de rodillas, levantan los ojos al cielo, y su cuerpo es sacudido por violentas contracciones que les paralizan la respiración.

(Silencio. Maureen traga saliva.)

MAUREEN.- Vaya...

DUFF.- He informado al Presidente en persona. No podemos seguir así. No tenemos medios... No podremos resistir. El pánico y la desesperación han cundido entre los soldados. Algunos se suicidan. Y todos sufren profundamente.

(Un silencio. A Maureen se le empieza a poner la cara pálida.)

Vivimos en el horror. No tenemos alimentos, ni agua, ni medicinas... Sabemos que es el fin. Esto se hunde. Lo sabemos. Ha venido en un mal momento...

MAUREEN.- Sí... verdaderamente... **(Intenta sonreír.)** No pensaba que...

DUFF.- Mire.

(Destapa el cuerpo. Se ve a un soldado desnudo, con el cuerpo cubierto de horribles manchas, mutilado, contraído sobre sí, con los ojos levantados al cielo, abiertos. Maureen da un respingo y se pone detrás de Duff.)

MAUREEN.- (Medio mareada.) Manchas verdes... azules... violetas... Sí, no parece que haya venido en el mejor momento...

DUFF.- Ya se lo decía yo.

MAUREEN.- Y es... ¿y es contagiosa esta enfermedad?

DUFF.- Pues...

MAUREEN.- ¿Qué?

DUFF.- Puede. No lo sabemos. Estamos haciendo autopsias día y noche, mandando vísceras para que las estudien... Así no podemos seguir. Deberíamos retroceder... Algo... **(Pausa.)** Está muerto. No tema. No le va a hacer nada...

(Maureen se pone al lado de la mesa, sin dejar de mirar de reojo al cadáver.)

MAUREEN.- No sé... parece que me mira.

DUFF.- Cómo le va a mirar a usted... Está mirando al cielo. **(El cadáver bosteza.)**

MAUREEN.- (Lívida.) ¡Ha... ha bostezado! ¡Acaba de bostezar!

DUFF.- No diga cosas raras, Maureen... Por favor... Está muerto. Y bien muerto. Mire...

(Le da una bofetada. Se oye: ¡Cabrón ! Duff parece no oírlo.)

MAUREEN.- ¡Le ha llamado cabrón !

DUFF.- Señorita... Estoy muy cansado...

MAUREEN.- ¿No lo ha oído?

DUFF.- ¿Cabrón, verdad? Así que pego a un cadáver en la cara y me llama cabrón, ¿verdad?

(Otra bofetada. Se oye: Como me levante...)

MAUREEN.- Uy... Esto no me gusta nada... Qué cosas más raras están pasando aquí, madre mía... Ay...

(Duff enchufa la sierra eléctrica. Se arranca un cabello, lo secciona para probar la eficacia del corte.)

DUFF.- Es el fin... Lo sabemos. Es una guerra continua, eterna, sin salida ni justificación. **(Habla como consigo mismo, extenuado.)** Todos se matan. Nadie comprende nada. Nadie da una explicación coherente. Quién es el responsable de esta matanza... Nadie lo sabe. **(Va hacia el cadáver con la sierra funcionando.)** Mire, Maureen, este amasijo de carne infectada, en tiempos fue un hombre, con dignidad, con carnet... ¡un hombre vivo ! ¡Podría ser su hijo, Maureen, mírele !

(Con gesto desesperado va a ponerle la sierra en la frente. Maureen le sujeta, nerviosa.)

MAUREEN.- ¿Qué va usted a hacer?

DUFF.- ¿Qué? Abrirle el cráneo.

MAUREEN.- El cráneo... **(Traga saliva.)** ¿Lo va usted a abrir?

DUFF.- Claro...

MAUREEN.- ¿Con... con esa sierra?

DUFF.- Pobre hija... Seguro que no ha visto todavía ni una autopsia...

MAUREEN.- No...

DUFF.- Lo siento. Tiene que acostumbrarse. Tiene que verlo. Esto es así... **(Va a meterle la sierra en la frente.)**

MAUREEN.- ¡Espere !

DUFF.- (Con cara de cierto enfado.) ¿Qué...?

MAUREEN.- ¿Y si efectivamente le ha llamado cabrón?

DUFF.- ¡Mire... voy a decirle algo, sargento Mukakaki !

MAUREEN.- (Sin quitarle el ojo al cadáver.) Mukaki.

DUFF.- ¡Me da igual ! ¡Cabrón lo será su padre, sargento ! ¡O su madre ! ¡O quien sea ! ¡Yo, no ! ¡Yo no estoy casado ! ¡Todavía no he tenido una novia en mi vida ! ¿Y sabe por qué?... ¡Porque tengo los pies muy grandes ! ¡Y las mujeres no me quieren ! ¡Dicen que soy un mastodonte !

MAUREEN.- Perdone, capitán...

DUFF.- (Que pasa de la ira a la ternura.) Perdone usted, sargento... Lo siento. Es usted una niña. Mandan a una niña a ver esto... **(Cierra el puño.)** Desgraciados...

(Coge a Maureen por el hombro, derretido. Maureen le mira también a los ojos. Duff es un gran mastodonte bueno, con una pelambreira raída y cara de botijo; sus manos son grandes, como sus pies y su corazón. Silencio. El cadáver, incomprensiblemente, siempre en el mismo tono dice: Cabrón.)

¡Cabrón, tú ! Ya me tienes hasta las narices, cadáver de mierda... Estoy alucinado. ¡Estamos alucinando ! ¡Nos estamos volviendo locos todos ! **(Le va a meter la sierra.)**

MAUREEN.- Por favor... capitán... **(Carita tierna.)** ¿No podríamos empezar por otra cosa?

DUFF.- Llámame Duff. Duff a secas... amor mío...

(Le acaricia la cara con la mano llena de sangre. Maureen aguanta con cara de cierto asco.)

¿Por dónde quieres que empecemos, cariño?

MAUREEN.- Por otro sitio... El que tú quieras...

DUFF.- Vamos... El cerebro para el final. Tienes razón, Maureen. **(Empuña unas enormes tijeras como las de podar árboles.)**

MAUREEN.- ¿Y eso?

DUFF.- Unas tijeras... Hay que cortar las costillas... Hay que levantarlo todo...

MAUREEN.- ¿Todo? ¡Oh... !

DUFF.- Es una autopsia, hija... Las autopsias se hacen así. A mí también me duele, pero si no se sacan los órganos, es mejor quedarse en la cama... Tenemos que investigar el origen de la epidemia... Llevamos semanas sin dormir... Meses... Hay que sacar el bazo, el hígado, el riñón... Vaciarlo... **(Se va quedando dormido, se le va cayendo la cabeza.)** Estamos todos locos... Es el fin... Lo sabemos...

(Ronca de pie, con las tijeras en la mano. El cadáver vuelve a decir: Cabrón. Duff se despierta.)

(A Maureen.) No sé por qué has cogido esa manía, cariño...

(Maureen se tapa la cara.)

MAUREEN.- Qué cosas más raras están pasando aquí... **(Abriendo los brazos.)**
Decidme, oh ángeles del cielo, qué son estos sonidos que turban mi mente...
¿Es ficción?... ¿Es realidad? ¿O es simplemente teatro? Decidme ángeles del más
allá... Responded... Mi alma nada en la nada... Ni nada. Nada.

(El cadáver responde: Teatro.)

DUFF.- Escúchame, sargento, el hecho de que hayamos intimado enseguida,
no le da derecho a delirar. No. Aquí ha venido a trabajar. A ayudarme. A resolver
este problema medieval de la danza de la muerte... ¿Me entiende? **(Va a clavar
las tijeras.)**

MAUREEN.- Duff... bésame... ¡Quiero que me beses! ¡Deja esta autopsia!
Necesito sentir que estoy viva... Que no estamos camino del Infierno... Yo...
Yo...

(Le besa en la mejilla. Duff la observa detenidamente.)

Perdón... Siento vergüenza...

DUFF.- ¿Vergüenza?

(La coge, la abraza, la besa contra la mesa de disección. Ella le abraza con fuerza, con los ojos cerrados, como intentando escapar de la realidad en el juego del amor y la muerte. De pronto da un respingo y grita.)

MAUREEN.- ¡Me ha mordido! ¡Me ha mordido! **(Señala al cadáver.)** ¡Estoy
segura! Lo he sentido perfectamente...

(Duff la sigue mirando, encendido de amor.)

DUFF.- ¿Le han dicho alguna vez que tiene los ojos más bonitos del universo?...
¿Le han dicho que sus labios son los labios más perfectos de los que nunca vio
hombre alguno?

MAUREEN.- No te miento... Me ha mordido...

DUFF.- ¿Me quieres enseñar el pecho, amor mío?... Por favor... Por favor.

(Maureen se abre la blusa.)

¿Te han dicho alguna vez que tienes el pecho más bonito de todos los pechos del orbe celeste?... Tus pezones son estrellas coloradas y los pálpitos de tu carne son un bálsamo superior para mi espíritu atormentado... **(Pausa. Cara de cándido hipopótamo.)** Te amo... Desde este momento y para siempre... te amo, te adoro... De la noche a la mañana tú me has vuelto a las alturas... **(Con voz en celo.)** Sargento mío... te amo...

MAUREEN.- Por favor... Nos pueden estar escuchando...

DUFF.- ¡Me da igual! Que escuchen...

(La coge de los hombros.)

Que sepan todos de nuestra pasión ferviente... Acaba de nacer en mí un torrente de pasión que me acerca a las estrellas de donde nunca debí salir... Tú eres mi arco iris y mi luciérnaga existencial...

(El cadáver dice: *Cabrón*, con su voz monorrítmica de muñeco animado.)

¡Tú a callar! ¡Idiota!... ¿Qué sabes tú de estas cosas...!

(La acerca contra sí, como un niño, despacio, enternecido.)

MAUREEN.- Oh... Duff... Oh... Amor mío... Por lo que más quieras... ¡No! ¡Me estás poniendo caliente! Qué van a pensar de nosotros la tropa... En medio de esta horrible batalla, este devaneo tan bello.

DUFF.- (Besándole el cuello.) Y ellos qué saben, cariño... Están peleando, amor...

(El cadáver: *Cabrón*.)

¡Qué pesado este tío...! Me está dando la noche...

(Sigue besándola.)

Cariño...

MAUREEN.- ¿Qué...? Dime...

DUFF.- Enséñamelo... Por favor... ¡Enséñamelo!

(Maureen se abre la falda, Duff se pone de rodillas, mira hacia arriba.)

Oh...

MAUREEN.- ¿Qué...? Dime...

DUFF.- ¡Oh...! ¡Oh...!... ¿Te han dicho alguna vez que tienes...? **(Queda parado, se pone bruscamente serio.)** Pero... ¡oyes!, ahora que lo pienso... ¡tú a la guerra has venido desnudita, niña!

Escena II

Se abre la puerta de un puntapié. Entra Bauer, vestido de civil. Entra, mira.

BAUER.- No sé si les molesto...

(Maureen se cierra las faldas con recato. Bauer se sienta, saca un puro, cruza las piernas, les mira.)

DUFF.- (De rodillas, en la misma posición.) Pues... ¡sí!

BAUER.- Lo siento. No sabe lo que lo siento.

DUFF.- (Siempre de rodillas.) ¿Puedo preguntar quién es usted?

BAUER.- ¿Y yo puedo preguntar qué hacía usted ahí?

DUFF.- (Sonriendo.) Pues... la verdad... ¿usted qué cree, estúpido?

BAUER.- Mi nombre es Bauer. Frank Bauer. Jefe del Servicio Secreto.

(Duff se pone de pie. Taconazo de Maureen.)

DUFF.- Señor...

BAUER.- ¿Puedo preguntarle, capitán, qué hacía usted ahí?

DUFF.- Estaba buscando las lentillas.

BAUER.- Ah... Entiendo. **(Pausa. Bauer es un hombre frío, calculador, seco, con una cara antipática y cruel, medio ulceroso y subictérico, con esparto en el corazón.)** Acérquese, sargento, por favor.

(Maureen se acerca.)

Abra las piernas.

(Silencio. Maureen abre las piernas, Bauer se pone de rodillas, mira detenidamente. Se sienta.)

Dígame, sargento, ¿por qué se tiñe los pelos del coño de verde?

(Maureen se pone colorada, aprieta las mandíbulas.)

DUFF.- ¡Escuche ! ¡Usted no tiene derecho... !

BAUER.- Tranquilo, capitán, no era más que una pregunta...

(Cadáver: Cabrón.)

¿Qué ha dicho usted?

DUFF.- ¡No he sido yo, imbécil !

BAUER.- Modérese, capitán...

DUFF.- Ha sido el cadáver...

BAUER.- ¿Ah?

DUFF.- ¡Mire ! ¡Mire esto !

(Descorre plenamente la sábana. Bauer intenta disimular el asco.)

¿Lo ve? ¿Lo ve?... ¡Es este asqueroso cadáver ! Se les hincha el cuerpo, sus células se hinchan, saltan, comidas por un misterioso germen... Se forman bullas por todo el cuerpo. Y se rompen, una tras otra, *paf, paf...* Y cuando se rompen, al hacer ruido por los gases de la descomposición, parece que el cadáver habla... ¡se queja ! ¡Parece que sigue sufriendo hasta después de la muerte !

BAUER.- Está usted muy nervioso... capitán... Mucho.

DUFF.- ¡Por esto les he llamado ! ¡Es una epidemia ! ¡Esto es el infierno ! ¡Sí ! ¡Morimos ! ¡Deliramos ! ¡Gritamos ! Porque nuestro dolor ha llegado al límite de lo imaginable y de lo humano... ¿Me entiende?

BAUER.- Claro que sí. Por eso estamos aquí. Por eso estoy aquí. Para ver qué se puede hacer. **(Se acerca a la mesa, se tapa la nariz con un pañuelo, se le va algo la voz y el color ante la imponente presencia de la muerte.)** Parece que se está riendo... ¿No?

DUFF.- Tiene esa costumbre...

BAUER.- Parece... parece que me está mirando... ¿No? ¡Oiga, doctor!

DUFF.- No se crea tan importante, señor. Mira al cielo.

BAUER.- ¡Qué raro! ¡Al cielo? ¡Para qué?

DUFF.- Pidiendo compasión por los hombres... Todos mueren así...

(Grito contenido de Bauer.)

BAUER.- ¡Me ha tocado! ¡Parece que me ha cogido de la mano! Parece... parece que me ha dado un tirón... Como si... como si... **(Mira a su alrededor, lívido, sin comprender, asustado, intentando dominar su terror.)** ¿Qué está pasando aquí?

DUFF.- ¿Lo ve? ¡Lo ve! Estamos perdidos... Estamos...

BAUER.- Calle.

(Da una torta al cadáver. Silencio.)

Di lo que tengas que decir... ¡Habla!

(Silencio.)

¿Está seguro de que está muerto?

DUFF.- (Ríe.) ¿Muerto? **(Ríe.)** Pobre... ¡Se dio un tiro en la cabeza!

BAUER.- (Lívido.) ¡Ah!

DUFF.- Estúpido...

(Bauer le mira fijamente. Se vuelve hacia el cadáver. Le observa, con las mandíbulas apretadas. Le golpea rápidamente. Silencio. Escucha. Cadáver: Como me des otro coscorrón, me voy a cagar en tu puta madre. Respingo de Bauer.)

BAUER.- Esto... esto va a hacer falta solucionarlo... Esto... **(Se retira de la mesa, mira a derecha e izquierda.)** Esto es muy extraño... **(Intenta sonreír.)** Una broma de mal gusto, capitán... Sí.

DUFF.- Necesitamos medicinas, señor...

BAUER.- (Sentándose, fumando.) Medicinas, ¿verdad?

DUFF.- Refuerzos, material... De todo... Necesitamos que analicen esas vísceras, que nos releven... O... rendirnos...

BAUER.- ¿Rendirse? Nunca. Tienen que resistir. Informaré al Presidente personalmente de lo que he visto aquí... Pero hay que resistir. Haremos lo que se pueda por ustedes... No hay otra alternativa...

DUFF.- (Febri.) Me tiene que escuchar... ¡Tiene que escucharme! Necesitamos ayuda...

BAUER.- ¿Y lentillas, capitán...? ¿No necesitan lentillas?

DUFF.- ¡Desgraciados... !

BAUER.- Apunto todo... Lo guardo aquí. Informaré al Presidente, capitán. De todo...

DUFF.- (A Maureen.) Quieren que muramos... Quieren perder esta posición. Nos quieren de cebo... Es horrible...

(Va hacia Bauer con los puños levantados. Bauer saca una pistola.)

¡Hijos de puta !

BAUER.- Cuidado, capitán...

(Bauer le apunta a la cabeza, con una cara de sádico que se le sale de los poros. Cuando va a disparar, enorme chispazo. Saltan los cables, el teléfono. Fogonazos. Se empieza a oír un grito terrible en las proximidades, mezcla de alarido humano y animal, desgarrado, de insondable potencia. Siguen saltando los cables, como movidos por internos circuitos. Oscuridad. Entra luz por la ventana. Mira Duff hacia donde viene el grito.)

DUFF.- ¡Lázaro ! ¡Lázaro... ! **(Sale corriendo.)**

Escena III

Al pie de una torre próxima, torre central de comunicaciones. De lo alto de la misma, viene el alarido. Lázaro Goldstein, no visible, en lo alto, cortando cables. Chispazos. Fuego de ametralladora. Llega Duff corriendo, detrás Bauer. Ráfaga lejana. Duff permanece de pie, Bauer se tira al suelo, como una rata, intentando ocultarse detrás de una pequeña piedra.

DUFF.- ¡Lázaro ! Baja ahora mismo de ahí...

(Grito persistente, chispazos.)

¡Goldstein ! ¡Lázaro... !

(Se oye un tiro desde arriba. Duff salta.)

Desgraciado... ¡Baja ahora mismo ! ¡Es la torre central, idiota !

(Saltan torres lejanas.)

¡Baja ahora mismo o subo a buscarte, idiota !

(Lázaro le dispara al lado, desde arriba.)

Es un ataque de locura... Se ha vuelto loco...

(Bauer se pone de pie.)

Le había cogido el enemigo. Le han torturado. Estaba esperando ser trasladado...

(Fogonazo impresionante. Sigue el grito.)

BAUER.- ¡Escuche ! ¡Baje ahora mismo... baje o... !

(Cae un chorro de agua desde lo alto, en la cabeza de Bauer.)

Me está meando... ¡Me está meando ! ¡A mí ! ¡A mí !

(Saca la pistola y dispara a lo alto. Cae un pato muerto. Mira al pato con consternación.)

Un pato. Ha caído un pato... Esto... ¡Esto es inaudito!

(Dispara varias veces, apuntando bien; caen más patos acribillados. Se miran. Duff inicia una sonrisa que estalla en carcajada. Bauer sigue sin comprender que está en el infierno, y que en el infierno todo es posible.)

DUFF.- Siga, señor. Ya falta menos para poner la pollería...

(Bauer tira la pistola.)

BAUER.- ¿Qué mira, estúpido? ¡Coja esos patos inmediatamente!...

(Le cae un nuevo chorro sobre la cabeza, que aguanta estoicamente.)

Bien... Muy bien... señor Goldstein...

(Le arranca la metralleta a Duff, se tira el suelo con rapidez, dispara con saña. Silencio.)

DUFF.- ¿Y ahora...?

BAUER.- Ahora...

(Caen sobre Bauer infinidad de aves de todo tipo, acribilladas. Este aguanta la lluvia, sin inmutarse. Mira a su alrededor. Duff inicia una sonrisa.)

Como se ría... Le juro que como se ría...

DUFF.- Es un negocio. Es un gran negocio... Con algunas ráfagas más...

(Bauer pasea por la escena.)

BAUER.- Bien. Muy bien... Razonemos. Esto está infectado de aves, no hay duda. Yo he disparado... Como hay tal exuberancia de pájaros... **(Se rasca la barbilla.)** Y ése ahí arriba sigue chillando. Chispazos... **(Pausa.)** No lo entiendo... **(Coge un mortero.)** Veremos. Veremos quién vence, si la razón o la sinrazón. Veremos.

(Mortero. Silencio. Mira hacia arriba.)

No cae... ¡No cae!

(Se oye gritar arriba.)

Y no le he dado... No le he dado y no cae... No lo entiendo... He disparado, no estoy soñando... no cae... estoy aquí, yo pienso, he disparado...

DUFF.- ¡Cuidadooooo!

(Salen corriendo. Mortero en el sitio exacto donde se encontraba Bauer.)

Escena IV

Lázaro sentado frente al público. Tiene varias heridas en la cara. Es un tipo bajo, de fuerte complexión, nervudo, de amplio cuello musculado. Una vena central le recorre la frente. Destaca su capacidad de ataque, lo negro de sus ojos y lo penetrante de su mirada. Entra DUFF, con la bata hecha jirones, con los pantalones rotos, la cara negra y el pelo chamuscado por la explosión. Se dirige hacia él.

DUFF.- ¡Te voy a matar ! ¿Me oyes? ¡Te voy a matar... estúpido ! ¡Esto te va a costar muy caro; mucho más de lo que te imaginas ! **(Mueve el puño ante su cara.)** ¡Idiota !... **(Pasea por el cuarto, cada vez más nervioso.)** ¿Qué pretendías, animal? ¿Matarnos a todos...? ¿Qué vergüenza, por favor ! ¡Como estaban las cosas... ! Y ahora esto... sin comunicaciones, sin luz, sin radio, ¡sin nada !... El jefe del servicio secreto, medio desnudo, corriendo hacia la retaguardia como un fantasma, como un espectro sepulcral, gritando... ¡Yo... ! ¡Yo, mira ! Mírame qué facha...

(Entra Maureen.)

¡Y mi novia, mira !

(Estado lamentable de Maureen por la explosión, medio desnuda, cubierta de polvo, irreconocible.)

¡Mírala ! Para una novia que tengo... ahí, a destruirla, a pulverizarla...

MAUREEN.- Han muerto dos más. Sus cuerpos están fuera, hinchados, horriblemente mutilados, cubiertos de manchas...

DUFF.- ¡No me importa ! ¡Se acabó !

MAUREEN.- Se han acabado las gasas. Las tijeras no cortan. La sierra eléctrica se ha fundido, no tenemos agua. La única pala que había para enterrar a los muertos, ha saltado en pedazos. ¿Los entierro con las uñas?... ¿O prefieres que les haga la autopsia?

DUFF.- ¡Amor mío... pero ahora que me doy cuenta... te falta un brazo !

(Efectivamente a Maureen le falta un brazo.)

MAUREEN.- (Hablando automáticamente.) No es nada. Un pequeño rasguño. No importa, venceremos...

(Sale. Duff sale corriendo detrás de ella.)

DUFF.- (Como si alguien se hubiese perdido en un bosque.) ¡Maureeeen ! ¡Maureennnnn ! **(Entra lívido.)** Nada... Ha desaparecido... No está. Se ha esfumado...

LÁZARO.- Habrá entrado en el *water*...

DUFF.- (Fuera de sí.) ¿De qué *water* hablas, imbécil ? ¡El *water* se ha volado ! Tenemos que hacerlo en un sombrero. **(Pausa.)** ¡Pero qué pretendías ! ¡Dime !... Tenías que oír lo que dice el enemigo, tenías que oír sus carcajadas...

(Entra Maureen con una bandeja, como sonada.)

MAUREEN.- Los patos.

DUFF.- ¿Los patos? ¿Qué patos? ¿De qué hablas, amor?

MAUREEN.- La caza... **(Deja una fuente de patos asados encima de la mesa.)** Y siguen cayendo. Basta con tirar una piedra al aire y cae una docena... **(Sale.)**

DUFF.- Amor... **(Sale detrás de ella. Mira.)** Nada. Se ha vuelto a esfumar. Está visto que hoy no la cojo... Y yo me pregunto, ¿estaremos embrujados? **(Se sienta frente a Lázaro, le observa.)** Dime, Lázaro, ¿qué tiempo hace que nos conocemos?

LÁZARO.- Años. De toda la vida.

DUFF.- Desde niños. Exactamente... Y sin embargo... Sin embargo, creo que no te conozco en absoluto. Sigues siendo el mismo personaje enigmático, lleno de cortocircuitos indescifrables, complejo, reconcentrado... ¿Qué te ha pasado?

LÁZARO.- No lo sé.

DUFF.- ¿Por qué te has subido a la torre? ¿Por qué gritabas?

LÁZARO.- Yo... Bueno... yo... Fue como un impulso irracional.

DUFF.- Tú estás enfermo. No estás recuperado... no. La tortura a la que has sido sometido, hubiera acabado con los nervios de...

LÁZARO.- Como una explosión interior, incontrolable... Como una onda que me fuese llenando por dentro, como una marea de odio subiéndome a la garganta... Sentí que mi cuerpo se iba rompiendo; sólo el cerebro, esa máquina especulativa funcionaba, implacable, con la misma lucidez, respondía a mis órdenes y secretamente me defendía. **(Pausa.)** Me dolían los golpes que me dieron, los puntos por donde pasaron las agujas... Era un dolor creciente, irresistible... Tuve que gritar. **(Pausa.)** Gritar me aliviaba.

(Silencio.)

DUFF.- Lo malo... lo malo es que...

LÁZARO.- Habla.

DUFF.- Has contagiado a muchos. Algo extraño sucede. Parece como si algún espíritu maligno hubiera penetrado en este campamento. Escucha con atención...

(Se oye un grito lejano, desgarrado.)

Se suben a los árboles. Gritan. Hasta romperse la garganta. Se tiran de cabeza al suelo, sin casco. Se machacan la cabeza con grandes piedras... Otros se disparan en los ojos... Y todos en definitiva... claman al cielo de alguna forma... **(Pausa.)** Hasta yo que soy el capitán médico, el único que nunca debería entrar en ese tipo de locura... hasta yo... yo que... **(Aprieta las mandíbulas.)** Siento ese grito aquí dentro, subiéndome a la boca, de hora en hora... estallarme en los labios.

(Silencio.)

Dime, ¿crees en el Diablo?

LÁZARO.- No.

DUFF.- Yo, sí. Desde niño. **(Pausa.)** Mira estos pies. Míralos bien. Son los pies de un elefante. ¿Quién me los ha dado? ¿Mi padre? ¿Mi madre? ¡Qué va! El Diablo. Él ha sido... Y mira esta cara. ¿Qué ves, dime?

LÁZARO.- Una cara.

DUFF.- ¿Una cara?... ¡Un culo! Eso es lo que es esto. ¿Quién me la ha dado? ¿Mi padre? ¿Mi madre? ¡Qué va! Él ha sido... ¿Y por qué estamos aquí?... ¿Por mi padre? ¿Por mi madre? ¡No! ¡Nada de eso! Estamos aquí, oscilando entre la vida y la muerte, sometidos a brutales presiones por él. Por el Diablo. El Diablo es un hijo de puta. Lo pienso desde niño.

(Silencio. Incomprensiblemente Duff se pone a gritar, congestionado, con los ojos fuera de las órbitas, tapándose los oídos con las manos. Su grito es potente y bruto, de elefante, como sus manos y su padre y su madre. Lázaro le observa impassible. Duff deja de gritar, se seca el sudor.)

Cansa, ¿eh?

(Silencio.)

LÁZARO.- Tienes una voz muy bonita.

(Silencio. Grito de Lázaro, con la cara desfigurada, mucho más potente y brillante, agarrado a la silla, con el cuello hinchado, poniéndose de manifiesto su brutal vitalidad, su desesperado dolor. Para. Se oye a lo lejos otro grito, como un eco, de otro ser humano al límite de su resistencia.)

DUFF.- Calla... Tienes que callarte...

(Otro grito diferente, en otra garganta.)

¡No! Tienes que callarte... Tienes que marcharte de aquí...

(Otro grito, más lejano, ya entre el enemigo, formando una curiosa sintonía humana del dolor. Silencio.)

Dime... ¿qué... qué significa ese grito?... ¿Por qué gritas?

LÁZARO.- Por... por asco. Por vergüenza. Porque no puedo hacer otra cosa. Porque están jugando con todo lo nuestro... Con nuestras vidas y con las de los nuestros... con nuestro dolor y sufrimiento... **(Pausa.)** Mi hijo ha desaparecido. Me lo comunicaron ayer. No saben si ha caído prisionero o está muerto.

(Silencio.)

DUFF.- Este expediente va a quedar archivado, bajo mi responsabilidad. Vas a volver con tu mujer, a tu faro, a tu casa. Necesitas descansar.

(Silencio. Le tiende la mano. Se abrazan.)

Suerte.

LÁZARO.- Gracias.

DUFF.- Descansa.

LÁZARO.- Lo haré.

(Silencio. Duff aspira algún agua importuna que ha aparecido en su nariz. Saca un largo pañuelo, se seca los ojos.)

DUFF.- ¿Quieres llevarte unos cuantos patos para el camino?... Los tenemos a cientos.

(Lázaro niega con la cabeza. Silencio.)

LÁZARO.- Adiós... amigo.

DUFF.- Adiós, Lázaro... Recuerdos a tu mujer.

LÁZARO.- Se los daré.

DUFF.- Adiós. Recuerdos a todos... Recuerdos al pueblo. A la playa. **(Se seca los ojos.)** Al mar. A los pájaros de por allí. Dales recuerdos a todos de mi parte.

(Lázaro sale. Duff queda mirando al público, hace esfuerzos por no llorar. Traga saliva. Empieza a sollozar, de forma incontenible, se le corre el humo de la cara, hacia la boca. Lloro con una pena de elefante, gordo, grande, con los pies dilatados por el llanto. Entra Maureen.)

MAUREEN.- Amor... se han acabado las cerillas. Siguen muriendo. La epidemia se extiende. Gritan a lo alto. Gritan a las estrellas y también gritan a las alturas... Nadie puede contenerlo. Estamos perdidos. Hoy tendremos que hacer una cena fría.

(Coge un pato, empieza a comer, seria, imposible, como ausente. Da un trozo de pato a Duff que empieza a comer, sollozando, limpiándose la cara con el brazo. De pronto da un grito. Respingo de Maureen que parece despertar.)

¿Qué ha pasado? ¿Qué te pasa, amor?

DUFF.- (En un grito.) ¿Le has quitado las balas?... ¿Eh? ¡Dime! **(Se lleva la mano a la cara.)** ¿Le has quitado las balas?

(Coge el pato y lo destroza con las manos, gritando, como un loco. Maureen permanece pensativa. Duff tira la bala.)

MAUREEN.- Vaya... vaya... Qué cosas más raras están pasando aquí... **(Come pato mirando al público. De pronto, grito de dolor, se lleva la mano a la cara.)** ¡Me cago en mi padre! **(Empieza a gritar como Duff, fuera de sí, destrozando el pato.)** ¡Cómo no se me ocurriría sacar las balas!

Escena V

Casa de Lázaro. Es de noche. Se oye el ruido del mar. Periódicamente se ilumina la escena con más fuerza por los efectos de la luz del faro. Lázaro sentado frente al público, inmóvil. Su expresión tiene un profundo carácter autista. Se levanta, da unos pasos, envarado. Se vuelve a sentar, rígido, se toca la cara, la frente, despacio. Cierra los ojos. Se vuelve a levantar, da los mismos pasos, se vuelve a sentar, en idéntica posición. Saca un enorme pañuelo del bolsillo, lo desdobra cuidadosamente, se cubre con él la cara y cabeza. Mado, su mujer, ha observado en silencio, desde un lateral, sus últimos movimientos, con extrañeza. Le pone la mano en el hombro. Le quita el pañuelo de la cabeza. Silencio.

MADO.- ¿Todo bien?

(Silencio.)

LÁZARO.- Sí.

(Lázaro coge a Mado de la mano. Se miran. Mado es una imponente masa trágica de carne. Profunda palidez, ojos y pelo negrísimo. Mirada brillante, febril. Su cara es de una rara belleza huesuda. Su boca, amplia, deja ver una dentadura especialmente perfecta. Mado es uno de esos seres internos, indescifrables, magnéticos.)

MADO.- Han llegado noticias de John. Está prisionero. Está vivo. **(Silencio.)** ¿Te pasa algo?

LÁZARO.- No. **(Silencio.)** ¿A qué huele?

MADO.- ¿Hueles a algo?

LÁZARO.- A medicinas.

MADO.- No sé por qué.

(Silencio. Mado le empieza a acariciar la cara, con enorme ternura.)

He pensado mucho en ti. Mucho. Muchísimo.

LÁZARO.- Yo también en ti.

(Silencio.)

MADO.- ¿Por qué te han dado permiso?

LÁZARO.- Pues... bueno, así... Un permiso más... Me subí a una torre y me puse a gritar.

MADO.- ¿Cómo dices?

LÁZARO.- Me puse a gritar. No era mi intención, desde luego, pero me puse a gritar. **(Silencio.)** No sé por qué subí a aquella torre. En realidad no recuerdo bien lo que hice. Recuerdo que me dolía el brazo derecho. Y la espalda. Y la cabeza. Pero no sé por qué subí allí.

(Silencio.)

MADO.- ¿Crees que le pasará algo a John?

(Silencio.)

LÁZARO.- No lo sé.

MADO.- ¿Le puede pasar lo que a ti? ¿Le pueden llegar a torturar?

(Silencio.)

LÁZARO.- No lo sé.

MADO.- ¿Le pueden llegar a matar?

(Silencio.)

LÁZARO.- No lo sé.

(Silencio.)

MADO.- Qué asco. **(Pausa.)** ¿Y por qué gritabas?

LÁZARO.- Pues... bueno, verás... **(Queda en silencio, pálido, traga saliva.)** Creo que quería escapar de allí. **(Pausa.)** Pero elegí un mal camino. No sé bien por qué subí... Hacía frío. Y según iba ascendiendo, se iba apoderando de mí un profundo malestar. Sentí ganas de vomitar. Pero seguí subiendo. No recuerdo por qué. Me faltaba el aire. **(Silencio. Cara inexpresiva de Lázaro. Destacan únicamente sus ojos, fijos en algún punto.)** Y entonces vi una escena asombrosa desde arriba, por encima de los árboles: un soldado levantaba en alto a un niño por la espalda, lo sacaba a la ventana... El niño, aterrorizado, intentaba volverse, agarrarse a las mangas del que lo tenía sujeto en el vacío... No podía ver su cara, pero su cuerpo se destacaba como un extraño insecto sobre el blanco de la fachada. Y de pronto... de pronto... le vi caer... Creí escuchar su grito., vi cómo intentaba enderezarse en el aire... vi cómo caía en el suelo... creí ver que la cabeza se le desprendía del tronco. **(Pausa.)** Era como si por alguna extraña circunstancia, de pronto, por un microscopio, observara la escena clave de un proceso macabro... El cuerpo de aquel niño, de alguna forma, era el cuerpo de la humanidad, el nuestro, que alguien, por razones incomprensibles, casi diabólicas, estuviese precipitando al vacío. **(Pausa.)** Miré a mi alrededor. Cuerpos calcinados, miseria, espanto...; me dolía la cabeza, me dolía la espalda, me dolía cada una de las cicatrices de la tortura... Y tuve ganas de desaparecer. De escaparme de allí, de elevarme, de volatilizarme en el aire... ¡No! ¡No podía participar en aquello! Quería despertarme... decir ¡no! No es cierto... ¡No es posible! ¡No! ¡No!... Y este no se fue repitiendo en cada uno de los rincones de mi cuerpo... ¡No! ¡No! Y empecé a gritar, con todas mis fuerzas! ¡Con todas las células de mi cerebro, al unísono! ¡Con el último resto de dignidad que me quedaba! ¡Con mi más certero odio para aquel monstruo que había sido capaz de precipitar aquel cuerpo al vacío...! **(Se seca el sudor. Su cara ha ido adquiriendo un tinte violáceo, su boca entreabierta refleja la angustia de su semblante, transfigurado.)**

(Silencio.)

MADO.- Debes ir al médico. Tienes los nervios destrozados...

(Le acaricia la nuca, le besa en el hombro. Lleva el pelo suelto. Mado es una mujer potente, con una particular ternura en sus ademanes, unida a una imponente y silenciosa desesperación. La luz del faro sigue iluminando la escena, en su lenta rotación. La luz de la luna, amarillenta, entra por la ventana. Silencio. Permanecen inmóviles, pegados el uno al otro.)

Ha llegado una carta, Lázaro...

LÁZARO.- ¿Una carta? ¿De quién?

MADO.- Tenemos que abandonar el faro.

LÁZARO.- ¿Cómo?

MADO.- (Le entrega una carta que tenía escondida.) Lo van a derribar. Dicen que es un punto estratégico... No entiendo nada... Nos van a mandar al interior, a vivir allí, en algún punto, lejos del mar.

(Lázaro, después de haberla leído, dobla la carta y se la guarda.)

Y además, también tengo que decirte otra cosa, Lázaro...

(Se levanta, se acerca a la ventana. Anda con dificultad.)

LÁZARO.- ¿Qué te pasa? ¿Por qué andas así?

MADO.- Tengo que decirte que tengo miedo... Que...

LÁZARO.- ¿Qué te sucede, Mado?

MADO.- Sé que no tiene ningún sentido, pero tengo miedo... a... algún día estar sola, ahí abajo sin ti, lejos de aquí... ¡Dios mío! Quiero morir aquí... Quiero que me entierren aquí, al pie de este faro, como a los demás... Presiento que la tierra allí dentro, hace daño, come, destruye... Yo... tengo miedo de las colas... ¿entiendes? Me aterran los espacios estrechos, amor mío... Necesito aire, espacio... hallarme embarcada en alguna punta de tierra, como ésta, proa al mar... como hemos vivido... en esta especie de barco, navegando continuamente, separados de la tierra...

(Silencio.)

LÁZARO.- Mado... ¡Mado! ¿Qué estás diciendo...?

MADO.- Ven, ayúdame... Me flaquean las piernas...

(Lázaro la sujeta.)

Llévame a la cama, por favor...

(Le coge de la cara con suavidad.)

Tengo muchas más cosas que decirte... **(Silencio.)** Tengo un cáncer. Con lesiones en muchos órganos. Me han dado unos meses de vida... **(Pausa.)** Perdóname, pero tenía que decírtelo.

(Le flaquean las piernas, Lázaro la coge en brazos. La luz de la luna va aumentando de intensidad, lentamente, movida por mágicos resortes, sometida a incalculables rotaciones físicas que van provocando en su movimiento una impresión de mar, y olas, y múltiples alucinaciones en la retina de los hombres. Salen.)

Escena VI

(Suena el timbre. Con insistencia. Aparece Lázaro Goldstein, con un andar automático, como insensible. Abre.)

BAUER.- Buenas noches... ¿No se acuerda de mí?

(Silencio.)

Mi nombre es Bauer. Tuvimos la ocasión de vernos hace unos días. **(Silencio.)**
¿Molesto?

LÁZARO.- Verá...

BAUER.- Vengo desde tan lejos para hablar con usted... ¿Quiere fumar?

(Lázaro se le queda mirando. BAUER lleva un brazo en cabestrillo.)

¿No?... Bueno... **(Le sonríe.)** Esto me lo hizo usted... ¿recuerda? Pero no tiene ninguna importancia. Claro que no. Le diré la verdad, he venido aquí como atraído por una extraña fuerza... Sí. Le diré más: usted me interesa, Goldstein. **(Fuma.)** Su potencia de ataque, su brutal nerviosismo y electricidad... esa peculiar forma de entender el mundo, su capacidad de destrucción, me interesa. **(Pausa.)** Tengo su grito metido aquí, en el cerebro. Y no consigo sacarlo. Adivino que hay en ese grito algo grande... una energía fenomenal... sí, capaz de mover muchos resortes... **(Silencio.)** ¿No dice nada? Es igual. No tiene ganas de hablar. Lo comprendo. Me mira. Me observa... No sé por qué adivino en esa mirada algo incontrolable... Esa imagen dantesca de su cuerpo, saltando de cable en cable, como un simio, enloquecido, provocando cortocircuitos... en medio de un océano de chispas...

LÁZARO.- Los tipos como usted no me gustan. No me gusta su cara, ni su voz, ni su traje, ni sus ideas. Nada de usted me gusta. Pero además... además... **(Saca la carta.)** Quisiera preguntarle algo. ¿Tiene usted algo que ver con esto?

(Se la da.)

BAUER.- (Sonríe.) Las relaciones entre los hombres, querido, se sabe cómo empiezan. Pero no cómo acaban. Las relaciones humanas, en el fondo, son un misterio. Un misterio insondable, Goldstein, un delicado y bello proceso, intrincado, sutil... a veces algo venenoso, desde luego. Pero siempre bello. Se sabe cómo empieza, pero no cómo acaba.

(Le devuelve la carta.)

He venido a proponerle que trabaje para mí. Un trabajo importante, difícil, peligroso...

LÁZARO.- ¿Tiene que ver algo con esto?... Dígame.

BAUER.- Yo sé todo lo que pasa en este país. Lo que pasa y lo que no pasa. Les conozco a cada uno de ustedes. Sé para qué vale cada uno. Sé para lo que sirve usted. Por eso estoy aquí. ¿Quiere trabajar para mí?... Si acepta, podríamos hablar de ese pequeño problema.

LÁZARO.- ¿Por qué no me contesta? ¿Eh?... **(Se acerca a él.)** ¿Tiene que ver usted algo con esto?

BAUER.- Pues... **(Sonríe.)** No me río de usted. No. Es que su cara... **(Ríe.)** Su cara me da risa. Se toma todo tan a pecho... **(Ríe.)**

LÁZARO.- Contésteme...

BAUER.- Cómo quiere que le diga... Yo... Bueno... ¿Por qué no se fuma un pitillo y piensa lo que le estoy diciendo? ¿Eh?

LÁZARO.- En este faro nació mi abuelo. Aquí nació y murió mi padre. Aquí he nacido yo... Y mi hijo. Aquí ha soñado mi familia. Aquí he aprendido a soñar. Todos. Uno tras otro. Parece... a veces pienso que soñar ha sido la condición de mi familia...

BAUER.- Qué interesante...

LÁZARO.- ¿Verdad? Además... mire, si se levanta...

(Le coge por el brazo, le levanta, le lleva a la ventana.)

BAUER.- Me está usted haciendo daño...

LÁZARO.- ¿Ve? En ese pequeño punto, ahí, debajo de aquella roca, están enterrados todos... ¿Lo ve? Así mismo, por favor...

BAUER.- ¿Me quiere soltar?

LÁZARO.- Allí. ¿Ve? Este lugar nos pertenece. Por derecho. Es nuestro. ¿Entiende?... ¿Sabía usted que mi mujer está gravemente enferma?

BAUER.- ¿Cómo iba a saberlo?

LÁZARO.- Creí que usted lo sabía todo... Dígame, ¿tiene usted que ver algo con esta carta?

BAUER.- Está usted loco... ¡Vamos, suélteme! ¡Goldstein! **(Intenta zafarse.)**
¡Suelte, estúpido! ¡Suélteme!

(Lázaro le suelta. Tremendo puñetazo en la cara que tira a Bauer al suelo, sangrando abundantemente.)

LÁZARO.- ¿Sigue sin responder?

BAUER.- Esto le va a costar muy caro, Goldstein. Mucho más de lo que usted se piensa... Usted no me conoce a mí... Usted... **(Intenta abrir la puerta. Está cerrada.)** ¡Abra esta puerta inmediatamente! ¡Se lo ordeno! Abra o le juro que...

(Intenta sacar una pistola. Tremendo puñetazo de Lázaro.)

LÁZARO.- ¿Qué pretendía? ¿Matarme? ¿A mí? Vaya...

(Nuevos golpes, con saña, en el suelo. Cara de Bauer deformada por los golpes. Intenta escapar, medio a gatas. Nuevos golpes, terribles, con una violencia y crueldad increíbles. Le pone de pie, agarrándole por la chaqueta.)

BAUER.- Por favor... ¡Por favor, Goldstein!

(Lázaro levanta el puño.)

¡No!

(Nuevo puñetazo en la cara. Tos de Bauer en el suelo, escupiendo dientes, atragantándose con la sangre. Lázaro le vuelve a levantar.)

LÁZARO.- Ahora va usted a irse de aquí, ¿me oye?

(Le sacude.)

BAUER.- Le oigo, le oigo... Hable.

LÁZARO.- Va usted a irse de aquí y va a ir directamente a hablar con sus amigos. Con todos. Con quien haga falta, con el Presidente, con el Gobierno, con quien haga falta. Y va usted a decirles que no toquen este lugar. ¿Me oye? Mi mujer va a morir aquí, en su cama. Y va a ser enterrada aquí, debajo de aquella roca... ¿Entiende? Y va a decirles también que necesito a mi hijo... Que quiero saber dónde está... ¿Me oye? ¿Me oye bien? ¿Que quiero que lo encuentren! ¿Que lo quiero vivo a mi lado! ¿Me oye? ¿Me oye bien, señor Bauer? ¡Respóndame! ¡Diga que me oye! ¡Diga que sí! ¡Diga que lo va a hacer...! **(Estas últimas palabras las ha ido pronunciando con un creciente nerviosismo. Empieza a temblar. Grito entrecortado. Levanta el puño.)**

BAUER.- ¡No! ¡Por favor...! Por favor...

(Le golpea de forma salvaje, sin soltarle, en la cara, hasta que Bauer queda inconsciente. Le suelta. Cae al suelo, ensangrentado. Oscuro.)

II

Parte II

Escena I

Casa de Lázaro. Mado sentada, tapadas las piernas con una manta. Heinz a su lado. Lleva un traje gris oscuro de franela. Un bigote recortado. Mal afeitado. Muñecas anchas y grandes zapatones con juanetes. Sin rasgos en la cara, amarillento. Su boca, amarillenta también, la de un animal acostumbrado al tiempo y al sufrimiento, con una idea oculta, directriz. Se encuentra de pie, delante de Mado, con un maletín.

HEINZ.- Mi nombre es Heinz, señora. Encantado de saludarla. Me manda la agencia. Como ve, soy puntual. **(Abre el maletín, se quita los zapatos y se pone unas zapatillas.)** Cuidar enfermos es mi profesión. **(Se quita la chaqueta, la dobla.)** Casi desde niño. Me han puesto en antecedentes. No se preocupe por mí. He visto de todo. Su marido se encuentra en el frente. Su hijo, también. Usted está enferma. Y sola. Pero yo estoy con usted. No tiene nada que temer. **(Acerca una mesa, pone un termo de café y un transistor.)** Estoy soltero. Vivo en una pensión. No me gusta el alcohol ni la televisión. Me cansa la vista. Ya sabe todo sobre mí. Dicen que no soy nada simpático. Y deben tener razón. Pero tengo mis ideas sobre la vida y las pongo en práctica. Con una tenacidad admirable, según la gente que me conoce... Ahora, permítame...

(Se pone un auricular, enciende el transistor, permanece inmóvil.) Se me ha olvidado decirle que tampoco tengo familia. Soy hijo de soltera y mi madre murió hace tiempo. Casi no me acuerdo de ella. Son detalles que le explico para que comprenda mi forma de actuar. No es una declaración de principios. Simplemente un aviso.

(Mado le mira como una perra con fiebre; algo oculto circula en sus ojos.)

MADO.- Quiero morir. **(Pausa.)** Necesito morir. Estaba esperando que llegara para decírselo.

(Silencio.)

Llevo semanas en esta misma posición, sentada en este mismo sillón. Le pagaré hasta el último minuto. Pero tendrá que escucharme. No le he llamado para que me cuide. Le he llamado para que me escuche... Me asfixio. Me muero. Me cuesta trabajo respirar. Quiero morir. Estaba esperándole para decírselo.

(Heinz permanece inmóvil, aparentemente sumido en su silencio, escuchando la radio.)

No puedo respirar. Siento que el cuerpo me pesa y me arrastra... Tengo miedo... Me estoy muriendo, señor... Tiene que escucharme. Necesito morir. **(La voz se le quiebra. Es un animal en el trance de la muerte, con la boca llena de espuma y agonía. Silencio.)** Soy una montaña en vida. Soy un mueble en vida. Necesito decírselo. Soy un ancla en vida, soy un peso inerte. Debe comprenderlo. Necesito morir. Escúcheme, se lo suplico.

(Heinz se incorpora, impertérrito.)

HEINZ.- Ah... se me había olvidado, señora. No sé por qué no se lo he dicho. Soy completamente sordo de este oído. Y tengo la prudencia de colocarme el auricular en el oído sano, para escuchar mi programa favorito. Que son todos. Porque la radio representa mi espacio exterior, mis ángeles, mi futuro, mi hacienda... todo... en una palabra. Si quiere decirme algo... **(Sonríe.)** Si quiere decirme algo... muy poco, algo, dígamelo por escrito, o cantando. Y si lo escribe, por favor, que sea con letra grande, porque también veo mal. Sí, y mi gusto y olfato, no es que sean precisamente los de una ballena. Como ve... **(Se enchufa el auricular.)** no soy un hombre agraciado...

(Mado levanta el bastón y lo descarga sobre el transistor. Mado vuelve al mismo lugar, apoyada sobre el respaldo, exhausta. Heinz recoge los trozos del transistor.)

Comprendo su rabia, señora, pero le diré la verdad... Todo lo que le he dicho es cierto. Mi madre me decía que fue una avispa, o un ratón el que me entró por un oído y salió por el otro. Se llevó todo lo que encontró en el camino. No recuerdo bien. También tengo mala memoria. Mi cerebro es una laguna sin agua. **(Pausa.)** Tendrá que pagarme la reparación. Los transistores cuestan caros y enfermos graves, graves, la verdad, no hay tantos... **(Saca un pitillo raído. Fuma.)** Y además, si he de decirle la verdad, yo también me asfixio. A mí también me falta el aire. Pero yo he sido siempre así. Mi madre me decía que nací con estos zapatos puestos y al borde ya de la desesperación cuando era un bebé... Debía ser mentira. Supongo. **(Cruza las piernas.)** Ahora le escucho.

MADO.- ¿Cómo le gustaría morir?

HEINZ.- No tengo mucha imaginación. Supongo que ya se ha dado cuenta. No lo sé... En una cama, quizás.

MADO.- ¿Y dónde le gustaría que le enterraran?

HEINZ.- Bueno... También me da igual. En una tumba, quizás... Donde sea.

MADO.- ¿No le da miedo la soledad?

(Se empieza a oír, muy a lo lejos, la sirena de una ambulancia.)

HEINZ.- No sé de qué me habla, señora. Yo creo que la vida es corta, señora. E insípida. No conviene planteársela como un fenómeno complejo. Da muchos quebraderos de cabeza y no se mitiga la desesperación ni el cansancio... Las creencias, las pasiones, hasta la materia misma, no son más que epifenómenos... Para vivir sólo hace falta una gran idea. Nada más. Y ponerlo todo al servicio de ese enorme aburrimiento hecho concepto... **(Pausa.)** Dirá usted que soy un tipo raro. Sí, quizás. Pero no olvide que yo conozco bien la psicología humana. La conozco en el trance de la muerte que es donde se manifiesta con absoluta claridad. **(Pausa.)** Es posible que no me crea, pero usted me cae bien. No muy bien. Bien. Pero no por eso voy a cambiar mi actitud ante usted.

(Se acerca la ambulancia.)

Dentro de poco, vamos a tener que separarnos. Quizás para siempre... Qué podemos hacer... Y ahora, si me lo permite, mientras llega esa ambulancia que suena en la lejanía, permítame leer un rato. La noche es larga. Y densa. Acabo de hacer un gran esfuerzo emocional. Con permiso. **(Saca un libro y se pone a leer.)**

MADO.- Tiene el libro al revés.

HEINZ.- Yo leo así. **(Pausa.)** A mí no me hace falta mover los ojos. Ni pasar páginas. Tampoco me interesa lo que dicen los libros. Lo siento.

(Se queda mirando a Mado. Frenazo de la ambulancia.)

Y ahora, si me permite, señora... voy a acompañarla hasta la ambulancia que la está esperando. Tenemos que trasladarla a su nuevo domicilio. Un apartamento bellissimo, pero a muchos kilómetros de aquí... Un apartamento sin olas, sin vientos, sin arena ni agua. No es un barco, desde luego. Un lugar común, cómodo y sencillo. Son órdenes. Lo siento. Van a volar este faro... Mi jefe es un ser inflexible y seco. Un tipo vengativo, retorcido y ambicioso... No es muy inteligente, desde luego, pero es mi jefe. Hago lo que él ordena. **(Pausa.)** Las cargas están colocadas, señora. Hay que salir.

(Silencio.)

MADO.- ¿Quisiera acercarme una caja que se encuentra en la cocina? Encima del aparador. Arriba del todo. Una caja marrón, cerrada con llave. Por favor...

(Suena la puerta.)

HEINZ.- ¡En seguida! **(Sale, trae la caja.)** ¿Es ésta?

MADO.- Esta es. Acompañeme al lavabo, por favor. En seguida estoy con ustedes. Tengo que pintarme.

(La lleva al interior. Cierra la puerta. Al poco se oye un disparo. Heinz se levanta, abre la puerta, mira en el interior del lavabo. Cierra la puerta. Queda inmóvil. Enciende un pitillo, recoge sus cosas. Silencio.)

HEINZ.- Vaya... No se les acaba de conocer. Qué gente más curiosa.

(Sale. Se oye la sirena de la ambulancia, alejándose. Explosión. El faro se derrumba.)

Escena II

Fuego de artillería. Sala de disección y operaciones. Toda la escena se va cubriendo de humos, verdes, amarillos, rojos, que penetran por las rendijas y la ventana. Luz en claroscuro que da una impresión de irrealidad. Sobre la mesa, un cadáver cubierto por una sábana sucia. Entra Maureen, con una bata hasta los pies, desgarrada, llena de manchas de sangre, grasa y diversas sustancias. Lleva el pelo suelto. Su aspecto dantesco, su delgadez espectral, todo en ella revela el carácter de la situación límite a la que se encuentra sometida. Entra sigilosamente, se acerca a la mesa, lee el nombre del cadáver.

MAUREEN.- Philip Loeb... Bien, Philip. O ahora, o nunca. Tú vas a ser el primero. Yo te saludo. **(Empuña un largo cuchillo, por el mango, como si fuera a cometer un crimen.)** O ahora o nunca... **(Levanta los ojos a lo alto.)** Oh cielos... amparadme en este terrible trance en el que me encuentro. Ayudadme dioses de las alturas... Oh, tú, Júpiter... tengo que hacerlo. Guía mi mano con precisión certera y que se cumpla el cruel destino que me tienes asignado... Oh, tú, Apolo... oh, tú, Iris, mensajera de los dioses... elevadas divinidades de las más altas alturas... apoyadme en esta acción que emprendo... Y tú, Jesús... también tú. Y tú, Virgen María, defensora de los que de todo carecen, ampárame. Antes de que mi razón flaquee y mi cuerpo no sea más que un montón de huesos sin vida... sin vida... tengo que hacerlo. ¡Tengo que ser capaz de hacerlo!... ¡Y lo sé! ¡Lo sé perfectamente! ¡La primera autopsia, siempre es difícil! Pero tengo que hacerla... Estoy aquí para eso... Es mi deber. Y él ya no puede más. Está agotado... Amor. **(Se acerca arrastrando los pies, enciende la luz que da sobre la mesa.)** ¡Amor mío, tengo que ayudarte!... Philip Loeb, perdóname. Y si te hago daño... si en tu cuerpo radica todavía algo de fuerza cuando ya has traspasado los umbrales de la vida... perdona. Perdóname.

(Levanta el cuchillo, descorre la sábana. Cuerpo sin vida de Philip Loeb, en terrible estado, con un bombazo en la cara, y la piel llena de manchas verdes y multicolores. Maureen queda pálida, con el cuchillo en alto, aterrada por la dura e inflexible presencia de la muerte. Vuelve a tapar el cadáver, se vuelve hacia el público, con la mirada perdida. Pausa. De pronto da un grito, como de kárate, destapa el cadáver y queda de nuevo con el cuchillo en alto. Vuelve a tapar el Cadáver. Pequeño grito contenido.)

Tengo que hacerlo. Tengo que hacerlo... Empezaremos por el cráneo, será más fácil... **(Coge la sierra metálica, la enchufa, se dirige temblando hacia la cabeza.)** Yo... escúchame Philip, escúchame bien... yo... no pretendía llegar a estos extremos. Pero tengo que sacarte las vísceras para mandarlas a analizar... Llevamos mandados camiones y camiones de vísceras. ¡Nada! ¡Nadie sabe lo que pasa! ¿Una maldición? ¿Una situación sin salida? Puede ser...

(Destapa la cabeza rápidamente, le aplica la sierra a la frente con los ojos cerrados, gritando de miedo. Polvo del hueso. Al cabo del rato, apaga la sierra, mira. Silencio.)

CADÁVER.- Zorra...

MAUREEN.- ¡Oh! ¿Qué me has llamado, Philip?

(Cae la parte superior del cráneo, seccionada por la sierra.)

¡Oh! **(Se acerca, mira. Se retira con un grito.)** ¡Oh! ¡No tienes cerebro, Philip!
¡Está vacío! ¡El cráneo está vacío!

CADÁVER.- Zorra...

MAUREEN.- (Acercándose a la cavidad vacía del cráneo.) ¡Uuuuuuu!

(Silencio. Al poco, dentro del Cadáver, idéntico grito.)

¡Hay eco! ¡Tienes eco, Philip!

CADÁVER.- Zorra... ¿Tenías miedo, eh? **(Ríe.)** Me estás haciendo picadillo...
Acércate, por favor...

MAUREEN.- Philip, por favor... ¡Estoy muy nerviosa! ¡No es momento para cuchicheos...!

CADÁVER.- Acércate, mujer. Te lo mando. No estamos en una discoteca, tontita...

MAUREEN.- (Acercándose, al borde del colapso.) Por favor... Por favor... No sé qué quieres...

CADÁVER.- Vas a decirles a los hijos de puta que han declarado esta guerra... al Presidente y al Gobierno en pleno, que me cago en su puta madre desde el Infierno.

MAUREEN.- De tu parte... **(Ríe pasajeramente, pone la mano encima de la mesa, sin saber qué hacer. La retira con un grito.)** ¡Me has mordido! ¡Cerdo! ¡Philip! **(Nuevo grito.)** ¡Y ahora me has tocado el culo, cochino!

(Sonora bofetada al Cadáver.)

¡Ahora vas a ver!

(Coge el cuchillo y se lo clava en el pecho varias veces.)

¡Las bromas... bien! ¡Pero las groserías...! ¡Groserías no te consiento ni una! ¡A mí el culo no me lo toca ni mi padre! ¡Porque he venido virgen a esta guerra, y si salgo con vida, saldré virgen...!

Escena III

Duff ha visto cómo le asestaba las últimas puñaladas a Philip. Entra con una pierna y una cabeza en cada mano. Su aspecto sigue deteriorándose, como a lo largo de toda la comedia. Pelo enmarañado, lleno de sangre, al borde de la catarsis, parece un personaje sacado de un sueño.

DUFF.- ¡Cariño ! ¡Pero... ! ¿Qué haces?

(Deja la cabeza y la pierna, se acerca, la intenta abrazar, bofetada de Maureen. Silencio.)

MAUREEN.- ¡Oh... perdóname, cariño... Estoy muy nerviosa... ! ¡Mucho ! Philip me ha llamado zorra... me ha tocado el culo y mordido un dedo...

DUFF.- ¿De qué Philip hablas?

MAUREEN.- ¡Él ! ¡Él ha sido !

DUFF.- ¿Ha sido capaz usted de hacer eso, caballero !

CADÁVER.- ¡Cabrón !

DUFF.- ¿Sí, verdad? Ahora verás... **(Descorre la sábana.)** Tijeras.

MAUREEN.- Tijeras.

(Le abre el tórax. Mira.)

DUFF.- ¡Está vacío !

MAUREEN.- (Mirando.) ¡Uuuuu !

DUFF.- ¡Para qué dices uuuu? ¿Eh?

(Se oye dentro del Cadáver: uuuu. Silencio.)

No hay duda. Ahora no tengo ninguna duda. **(Se deja caer en una silla.)**

Estamos en el infierno. Creemos que estamos vivos, pero estamos muertos. Es inútil seguir... Me rindo.

(Aparece una mano por un lateral, dispara un tiro al aire. Respingo de ambos.)

¡Este tío... !

(Se oye gritar. ¡Cartero ! Cae una carta dentro de la escena. Duff la coge, la lee. Se deja caer.)

¡No ! ¡No !

MAUREEN.- ¿Qué? **(Lee.)** ¡No ! ¡No !

(Duff va hacia la ventana, grita: Lázaro.)

DUFF.- (Paseando, nervioso.) ¡Nadie sabe lo que puede pasar... ! Dios mío...

(Entra Lázaro, desnudo de medio cuerpo, en pantalones cortos, con casco. Destaca su poderosa musculatura. Cuerpo tizado. Lleva orejeras de artillero. Mira. Silencio.)

LÁZARO.- ¿Qué pasa?

DUFF.- Siéntate.

LÁZARO.- ¿Qué pasa? ¿Qué querías?

DUFF.- Siéntate, por favor. Siéntate.

(Se sienta.)

Tengo que hablarte.

Escena IV

Un día después, en idéntico lugar. Lázaro sigue tapado con la manta. Duff sentado con profundas ojeras, bostezando.

DUFF.- Por millonésima vez, Lázaro... **(Bostezo.)** ¿Por qué no te callas, hijo? Esto no hay quien lo aguante... **(Bostezo.)**

(Grito de Lázaro, también extenuado.)

Nada, que nos va a dar aquí la Nochebuena... ¡Lázaro! ¡Goldstein! ¡Cállate, por favor!

(Se empieza a oír gritar lejos.)

¡No! ¡No puede ser! **(Se tapa los oídos.)** ¡Todos juntos, no! ¡No! ¡Voy a volverme loco! ¡Noooo! ¡Nooooooo! **(Cae de rodillas, tapándose los oídos. Levanta los brazos hacia arriba.)** ¡Por favor! ¡Compasión! ¡Misericordia! ¡Ayuda! Prometemos ser buenos de ahora en adelante... Ya nunca fornicaremos. Iremos a la iglesia, haremos penitencia... ¡Sacadnos de aquí! ¡No aguantamos más!

(Se pone a chillar, tapándose los oídos. Cae un pollo del cielo. Silencio. Duff lo coge, mira hacia arriba, con odio.)

¿Un pollo?... ¿Otro pollo? ¡Y crudo, además!, ¿verdad? Asado, no. Crudo, ¿verdad? Para la colección, ¿no? **(Grito de rebeldía hacia las alturas.)** Pues no creo en Dios, para que te enteres... ¡Ni en la Virgen! ¡Ni en Mahoma ni en nadie!... ¡Viva Satán! ¡Viva Lucifer y las potencias del mal!... Yo me cago...

(De pronto, silencio absoluto. Permanece con el pollo en la mano. Va lentamente hacia donde está Lázaro. Descorre la manta. Se le ve a éste, acurrucado, dormido, sudoroso. Se empieza a oír una dulce música en algún lugar, van cambiando las luces, se disipan los humos, resplandores.)

Oh... Oh...

(Cae de rodillas, con el pollo en la mano, con los brazos en cruz.)

Yo... Yo...

(Luz creciente entrando por la ventana. Cántico. Atmósfera celestial, progresiva. No hay ruido de artillería. Sólo silencio majestuoso y piedad. Un rayo de luz sobre Duff, como un fantasma humano, al borde del dolor, con la boca entreabierta, aterrado, pero empezando a entrever un rayo de esperanza.)

Yo... yo... yo... Oh... Oh...

(De pronto suena un disparo en un lateral. Se oye la voz de alguien gritar fuera: ¡Cartero!. Cae una carta en escena. Duff da un respingo. Al mismo tiempo que suena el disparo, vuelven los bombardeos, los humos, los gritos fuera, desaparece la luz y la música, como si todo no hubiera sido más que una alucinación. El Cadáver medio desguazado repite monorrítmicamente: *Cabrón*. Y el infierno continúa. Duff se sujeta la cabeza y grita. Lázaro sigue dormido. DUFF va hacia la carta, medio sollozando, la abre.)

Vamos a ver, hombre... ¡Vamos a ver qué buena noticia nos dais ahora!

(Lee. Queda pálido, inmóvil, mirando a Lázaro, se acerca a él, lentamente, se sienta a su lado, con las piernas cruzadas. Parece que ya no se escucha el ruido del combate. Por el contrario, parece que suena una extraña música de jazz, lenta, caliente, llenándolo todo. Duff le empieza a acariciar la cara a Lázaro.)

Amigo... Amigo, tienes que despertar... Hay una carta para ti.

(Lázaro no despierta.)

Amigo... tienes que escucharme. Tienes que despertar. Hay una carta para ti.

(Sigue la música. Duff mueve a Lázaro violentamente.)

LÁZARO.- ¿Sí? ¿Qué ha pasado? Me he quedado dormido...

DUFF.- ¿Me oyes?

LÁZARO.- (Restregándose los ojos.) Sí, te oigo... ¿Qué ha pasado? He soñado que terminaba la guerra... Te escucho... Dime...

(Silencio.)

DUFF.- Tu hijo ha muerto. Ha sido fusilado por el enemigo. **(Pausa.)** Si tienes alguna fuerza en tu cuerpo y te queda algún deseo de gritar, te acompaño, si me lo permites.

(Silencio.)

LÁZARO.- Oh... **(Silencio.)** Vaya...

(Cierra los ojos. Silencio. Baja la cabeza. Se le ve cómo aprieta las mandíbulas y cómo traga saliva. Permanecen los dos así, frente al público. Lázaro levanta la cabeza, con los ojos llenos de lágrimas, empieza a llorar. Duff, poco después, se seca los ojos y empieza a llorar también... Coge a Lázaro del hombro. Lloran con fuerte dolor, sentados en el suelo, sordamente. Hay en el cuadro algo de grotesco. Pero también algo inexplicable y enternecedor. Al poco entra MAUREEN con la cara cubierta de manchas verdes, medio inconsciente, cubierta de sangre, algo inflada. Lleva dos cabezas en cada mano.)

MAUREEN.- Siguen desintegrándose. Caen a pedazos. Muchos están enfermos... Hace mucho calor... **(Deja las cabezas.)** Y también mucho frío. Está empezando a nevar y el cielo se ha oscurecido...

(Duff se vuelve, ve las manchas verdes de la cara de Maureen y grita.)

El Presidente ha mandado un telegrama. Está orgulloso de nosotros. Dice que hay que resistir...

(Se sienta en el suelo, al lado de Duff.)

Amor mío... estoy tan cansada...

(Apoya su cabeza en el hombro de Duff.)

Me gustaría tanto que esto se acabara...

(Pausa. Duff la acaricia.)

Oh... Oh... Hoy vas a tener que perdonarme, querido... Me encuentro tan cansada...

(Se tumba, apoya la cabeza en las piernas de Duff.)

Te quiero tanto... Pero es que... no sé, no sé... no sé por qué me parece que hoy voy a tener la regla. Siempre me dan estos sudores y este dolor de cabeza.

(Empieza a acariciar la cara a Duff. Se le cae la mano. Permanece inmóvil. También Lázaro y Duff, impasibles. Silencio.)

Escena V

Desfile de la victoria. Música militar, Lázaro y Duff, con el uniforme de artillería, firmes, serios, casi con idéntica cara a la de la escena siguiente. Diferentes gritos marciales. Por un lateral se ve aparecer la punta de un enorme cañón. Diferentes posturas y movimientos. Toque de cornetín. Silencio.

PRESIDENTE.- (En altavoz.) ¡Soldados! ¡La guerra ha terminado! ¡Hemos vencido!

(Hurras.)

El Gobierno y yo, aquí, en pleno, estamos aquí para saludaros. Y también para deciros que estamos orgullosos de vosotros, porque nosotros, soldados, sentimos orgullo de los valientes. **(Pausa.)** Hemos dejado detrás una amarga estela de sangre y destrucción que la historia sabrá recoger y comprender. **(Pausa.)** Pero también hemos abierto un surco donde no había más que piedra y dolor y vacío. También hemos señalado un camino por donde podrán caminar nuestros hijos hacia un futuro de paz y prosperidad. **(Pausa.)** La guerra es un acontecimiento incomprensible. Nadie comprende la guerra. Nadie comprende cómo se puede llegar a tanta monstruosidad, a tanta crueldad y miseria. **(Pausa.)** Pero la guerra existe. Y la guerra, cuando se declara, porque existe, hay que ganarla, porque si no, nos gana ella a nosotros. **(Pausa.)** Alguien tuvo que tomar la responsabilidad de declararla, de hacerla pública, de traerla aquí. Y ese ser, he sido yo. Daré cuentas a la historia y a los hombres por mi decisión. Sólo os ruego que comprendáis la dura tarea que a mí y al Gobierno que represento, nos ha correspondido. La guerra era necesaria. Y la guerra se hizo. Y se venció. **(Pausa.)** Hagamos lo posible para que nada semejante vuelva nunca a repetirse.

(Hurras. Silbatos. Lázaro se ha ido transfigurando. Tiene los ojos fijos en el Presidente, dilatados, fríos. Duff le da un taconazo.)

DUFF.- ¡Las salvas ! **(Silencio.)** ¡Lázaro !

LÁZARO.- ¿Estás de acuerdo?

DUFF.- Lo estoy.

(Sale Lázaro, sube en el cañón, fuera de la escena.)

PRESIDENTE.- La guerra ha terminado. Amigos... compañeros... hermanos de dolor y fatigas, recemos por esta nueva paz que empieza en el mundo. Os pido un minuto de silencio por los caídos.

(Minutos de silencio.)

Y ahora, disparemos al aire; cantemos con nuestros cañones un bello epitafio con su sonido. **(Pausa.)** Ellos, desde algún punto, nos estarán escuchando.

(Silbato. Una salva. Plumas en la escena. Caen algunos pájaros.)

¡Pero... ! ¡Pero bueno ! ¿Qué es esto?

(Silbato. Nueva salva. Más pollos, codornices, plumas y aves.)

¡Qué gracia ! ¡Pero... ! ¡Esto parece el tiro de pichón ! **(Ríe.)** ¡Y más plumas ! ¡Y vengan pájaros ! **(Ríe.)** Vaya paella... ¡Fuego !

(El cañón de Lázaro ha ido bajando hasta ponerse horizontal, en dirección a la tribuna donde se encuentra el Gobierno.)

DUFF.- ¡Fuego ! ¡Dale ! ¡Fuerte ! Amigo... a ver si se lo metes en la boca.

PRESIDENTE.- ¡Eh ! ¡Ustedes !... ¡No ! ¡Noooo !

(Tremendo cañonazo. Gritos de terror. Oscuridad. Gritos.)

Escena VI

Lázaro y Duff, con camisa de fuerza y múltiples golpes en la cara, atados a dos sillas de hospital. La escena transcurre en algún centro penitenciario para locos. Dos enormes esparadrapos les cierran la boca. Bauer y Heinz, sentados a su lado.

BAUER.- Hemos venido a visitarles para informarnos de cómo los tratan, señores. No podríamos permitirnos que se les tratara de forma insuficiente o maliciosa... No lo aceptaríamos. No. Desde luego que no. ¿Verdad, Heinz?

(Silencio.)

Tengo que reconocerlo. Ha sido un golpe genial. Un trabajo de artistas, de gente que ha descendido muy bajo en la escala del dolor. En la historia del terrorismo, no se recuerda un caso semejante... Todo abajo. De un plumazo. De un cañonazo. Les felicito. Presidente, Vicepresidente, Gobierno en pleno... Todo abajo. Disuelto en los aires, como por obra de encantamiento... Sus órganos todos disueltos en el vacío, navegando muy lejos en la punta de un obús... Casi... casi... sublimándose... Ha sido un fin digno para gente tan indigna. **(Pausa.)** Muy bien. Les felicito. Un golpe genial. La esencia del terrorismo en definitiva. Tal y como pensaba. Dos auténticos terroristas. Enhorabuena.

(Brindan. Bebe Bauer. Heinz mantiene la copa en la mano.)

Supongo, señor Goldstein, que en su interior, estará usted acusándose de... bueno, qué sé yo... malévolo, perverso... cínico... Bien. Pero debe usted reconocer, creo yo, en este juego, mi poderosa visión de la historia, mi clara inteligencia, mi capacidad psicológica. **(Pausa.)** En el fondo, me gusta hablar con usted. Somos seres equilibrados. **(Sonríe.)** Yo... no sé por qué... fíjese... estaba esperando algo así... No exactamente lo del cañón, no. Pero algo. Usted... usted podía intentar algo. Debía intentarlo. Yo sabía que en usted había un germen, una potencia que no se debía desperdiciar. Simplemente nos pusimos en la otra banda. Enfrente. Fuera del punto neurálgico. El Presidente no era muy inteligente. Merecía algo así. **(Silencio.)** Además, a mí particularmente,

esta situación, aparentemente imprevista, me ha beneficiado mucho, sí. Muchísimo. Se encuentran ustedes en este momento con el futuro Presidente de la República. Presidente en funciones y futuro Presidente de la República. **(Silencio.)** En fin, una triste historia.

(Se levanta, da un terrible puñetazo a Lázaro en la cabeza, que lo tira al suelo.)

No le oigo gritar, señor Goldstein. ¿Por qué no grita? ¿Qué le pasa?

(Golpes repetidos. Lázaro empieza a sangrar por la cara.)

¿Sabe cuánto me gasté en el dentista después de nuestro último encuentro? Un dineral, sí. Tiene usted una forma de pegar verdaderamente salvaje.

(Nuevos golpes y patadas. Heinz observa impasible la escena.)

¿Por qué no grita, señor Goldstein? ¿Por qué no se queja? ¿Qué le pasa?...

(Silencio.)

Parece que no. Se le ha acabado la fuerza. Ha decidido ser un hombre normal. Está bien. Ahora, sintiéndolo mucho, hay que pasar a la acción. Heinz...

HEINZ.- Señor...

BAUER.- Adelante.

(Heinz se levanta, se pone un guante, saca una pistola, se acerca a Duff, le mira, le pone la pistola en la sien.)

HEINZ.- ¿Disparo?

BAUER.- Claro.

(Cara de terror y odio de Duff, con los ojos fuera de las órbitas, intentando romper las ligaduras, moviendo la silla.)

¿Quiere decir algo, capitán? Quítele el esparadrapo.

(Le quita el esparadrapo. Grito electrizante. Heinz le mete la pistola en la boca y dispara.)

HEINZ.- Señor...

BAUER.- ¿Sí?

HEINZ.- ¿Sigo?

BAUER.- Adelante.

(Heinz levanta a Lázaro.)

HEINZ.- ¿Le quito el esparadrapo?

BAUER.- ¿Para qué? Sabemos lo que va a decir. Adelante.

(Heinz empieza a sonreír. Pone la pistola a Lázaro en la sien.)

HEINZ.- ¿Qué cree que iba a decir, señor?

(Vuelve lentamente la pistola hacia Bauer.)

BAUER.- ¿Eh? ¿Qué hace usted?

(Heinz le apunta a la cabeza.)

HEINZ.- ¿Cuál es su próximo programa de gobierno, señor?

BAUER.- ¿Está loco, Heinz?

HEINZ.- ¿La democracia? ¿Qué? ¿Cuál? Por favor... Hable. **(Estira el brazo para disparar.)**

BAUER.- La... ¡Heinz!

HEINZ.- ¿Cuál, señor?

BAUER.- La... la república...

HEINZ.- (Sonriendo.) ¿La república? Queda abolida la república, señor. Nosotros no creemos en la república.

BAUER.- Supongo que no irá usted a disparar... Supongo...

HEINZ.- Hoy aunque usted no lo crea, empieza la Historia. ¿No le hace gracia?

(Lázaro se tira contra él, lo tira al suelo. Rompe la camisa. Le arrebatata la pistola. Le apunta a la cabeza)

LÁZARO.- Hoy no acaba la Historia. Sino que empieza. Ahora, aquí mismo. Desde este momento. Y empieza así.

(Le dispara a la cabeza)

Empieza de otra forma, con otras ideas sobre la forma de entenderse, con otra idea sobre la libertad.

FIN